

produjo las consecuencias ordinarias: hizo aceptar el éxito como legítimo á la gran mayoría de los que lo hubieran reprobado de antemano, é hizo también brotar á miles los profetas del día siguiente, los que decían haber anunciado los acontecimientos mucho antes de haberse realizado. Las mismas voces interesadas que habían previsto el triunfo inevitable del Sud porque lo deseaban, reconocían entonces que hubiera sido verdaderamente insensato no creer en aquel «destino manifiesto» que empujaba á la república norteamericana hacia la unidad y el acrecentamiento de su poder. Y es bien cierto que á pesar de los odios y de los rencores suscitados por el terrible exterminio, los Estados Unidos salieron de la guerra más estrechamente asociados que lo que habían estado en todos los períodos de su historia. Además, los Estados del Norte, de tipo de civilización industrial, se hallaron realmente engrandecidos por una extensión natural que se producía desde el Norte hacia el centro y desde el centro hacia el Sud. La emigración directa de los colonos de la Nueva Inglaterra hacia los Estados del Oeste y del centro fué el vehículo de ese trabajo de intususcepción. Puede juzgarse sobre todo por el hecho de que el cuadro típico de la autonomía local en el Massachusetts y los Estados vecinos, el *township*, se propagó en el Oeste, en oposición á la forma de «condado», menos popular en su organismo¹. Los habitantes del Connecticut especialmente se hicieron famosos por sus costumbres viajeras, de nómadas políticos, que llevaban á los otros Estados en su *carpet bag* ó maleta la carta de la nueva administración.

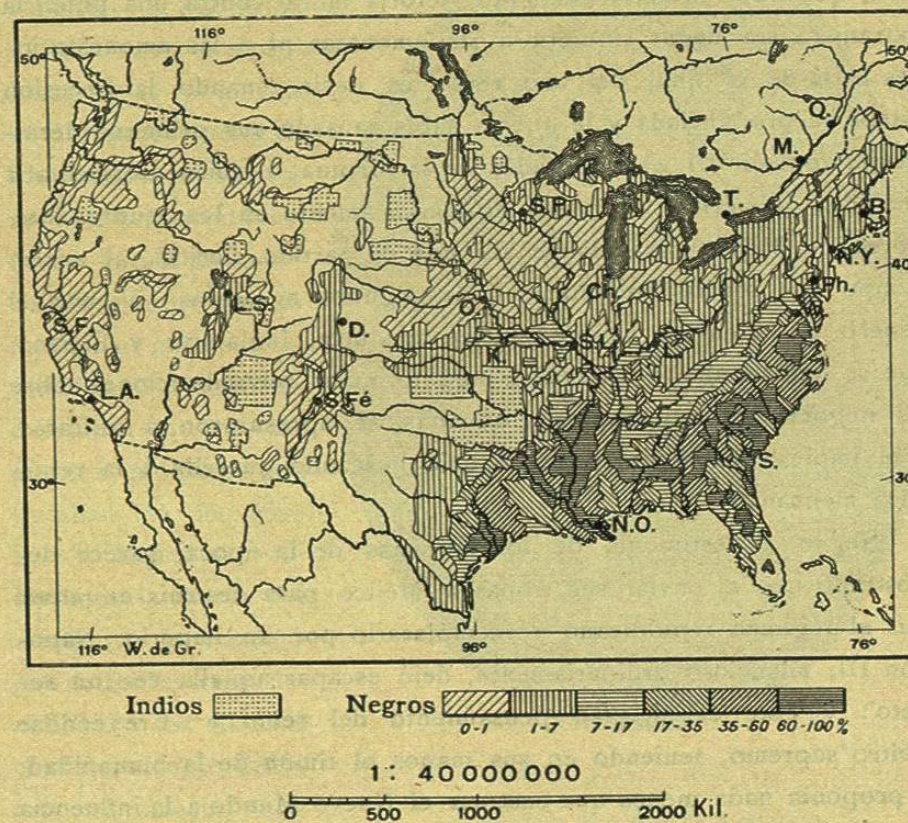
Sostenidas por ese movimiento continuo de inmigración, todas las conquistas del trabajo libre fueron otras tantas conquistas del Norte: rebasó así las fronteras del Missouri, del Kentucky, del Tennessee, hasta las del Alabama, donde la explotación de los ricos terrenos hulleros y ferruginosos dió origen súbito á grandes ciudades rodeadas de fábricas, y donde las costumbres de los asalariados blancos se extendieron entre los trabajadores negros. El litoral de la Florida, con sus soberbios hoteles, donde van á miles los valetudinarios y los ociosos de las ciudades atlánticas, se ha con-

¹ Emile Boutmy, *Eléments d'une Psychologie politique du Peuple Américain*, p. 42.

vertido también en una especie de prolongación económica de las costas de la Nueva Inglaterra, de New-York y de New-Jersey.

En cuanto al resultado mayor de la guerra, la emancipación de los negros, claro es que si fué proclamada en una fecha precisa, no fué realizada en seguida. La esclavitud no desapareció, ó por me-

N.º 460. Los Indios y los Negros en los Estados Unidos.



yor decir, no se transformó sino lentamente en su forma industrial moderna, que es el salariado; todavía en nuestros días, cerca de medio siglo después de la emancipación oficial, se conservan en las prácticas y en las leyes, sobre todo en el fondo de las almas, muchos vestigios repugnantes del antiguo estado de cosas. Hasta se ha dado el caso de haber juristas que han tratado de restablecer indirectamente la esclavitud por toda clase de artificios legales y de haber hallado cómplices en los tribunales y en los parlamentos de los Estados. Semejantes iniquidades son inevitables, porque las an-

tiguas instituciones tienen la vida dura; y, además, ¿no toman todas las explotaciones del hombre por el hombre, esclavitud, servidumbre, salariado, formas análogas, difíciles de distinguir en los diversos medios?

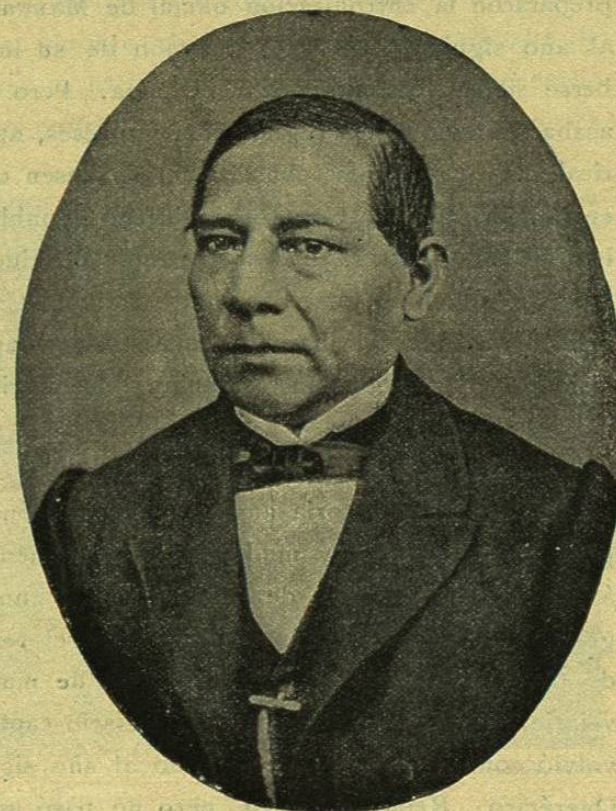
La república norteamericana salió tan poderosa de la guerra civil, que pudo obtener una gran victoria moral contra una potencia extranjera sin llegar siquiera á las amenazas ni á las amonestaciones. Desde el final del año 1861, es decir, cuando la Secesión estaba ya pronunciada y la guerra había causado sus primeros desastres, Napoleón III, el emperador de la fortuna, á quien atormentaba una idea quimérica, intervenía diplomáticamente en los asuntos interiores de Méjico para aliarse allí con el partido clerical, al mismo tiempo que servía los intereses de algunos agiotistas. Viendo el género de aventura á que se les conducía, Inglaterra y España, que se habían aliado á Francia para formular reivindicaciones sobre los negocios de empréstitos y aduanas, se apresuraron á retirarse, y el imperio napoleónico quedó solo buscando querrela á la república mejicana.

Según el testimonio de los cronistas de la época, parece demostrado que al enviar sus tropas á Méjico para destruir en aquel país el régimen republicano y reemplazarlo por un imperio, Napoleón III, silencioso ordinariamente, dejó escapar aquella vez un secreto: «¡Este es el gran pensamiento del reino!» Creyéndose árbitro supremo, teniendo en sus manos el timón de la humanidad, se proponía nada menos que sustraer el Nuevo Mundo á la influencia preponderante de los Anglo-Americanos y hacer para la Hispano-América lo que creía haber hecho para Francia, trazarle un cauce permanente como á los ríos rectificadas, arrancarla definitivamente al régimen incierto y variable de los instintos y los caprichos populares, imponerle una evolución venida de arriba y regida por la voluntad de un hombre, de un emperador, presunto razonable y prudente siempre. Para dar á su designio una apariencia absolutamente desinteresada, se guardó mucho de imitar á su tío, que dispuso de los tronos para su dinastía: el escogido por él como representante de su ideal monárquico pertenecía á la antigua casa de

Austria, la de todas las familias reales de Europa hacia la cual los fanáticos de la tradición de servidumbre levantan los ojos con la mayor veneración. El momento parecía bien escogido para entronizar el descendiente de los Habsburgo en aquel país que había sido conquistado por los lugar-

tenientes de Carlos V. En efecto, la «doctrina de Monroe», que prohibía á las potencias de Europa intervenir en los asuntos americanos, se hallaba momentáneamente herida de caducidad, puesto que la república norteamericana estaba entonces desunida; quizá los mismos políticos que trataban de imperializar á Méjico esperaban que la fuerza del ejemplo y la comunidad de los intereses decidirían á los Estados confederados, es decir, á la aristocracia esclavista de las regiones floridianas y mississippianas á aliarse íntimamente al nuevo imperio mejicano.

Pero todas esas combinaciones carecían de presciencia y de sagacidad: el pensamiento más grande de Napoleón fué en realidad una grandísima locura. En primer lugar las tropas francesas que habían triunfado de los más temibles ejércitos sobre los campos de batalla de Europa, se hallaron frente á valientes enemigos á quienes habían despreciado injustamente de antemano; su primer choque serio fué un fracaso para aquellas tropas: el asalto de Puebla,



Cl. Lippincott.

BENITO JUÁREZ, 1806-1872

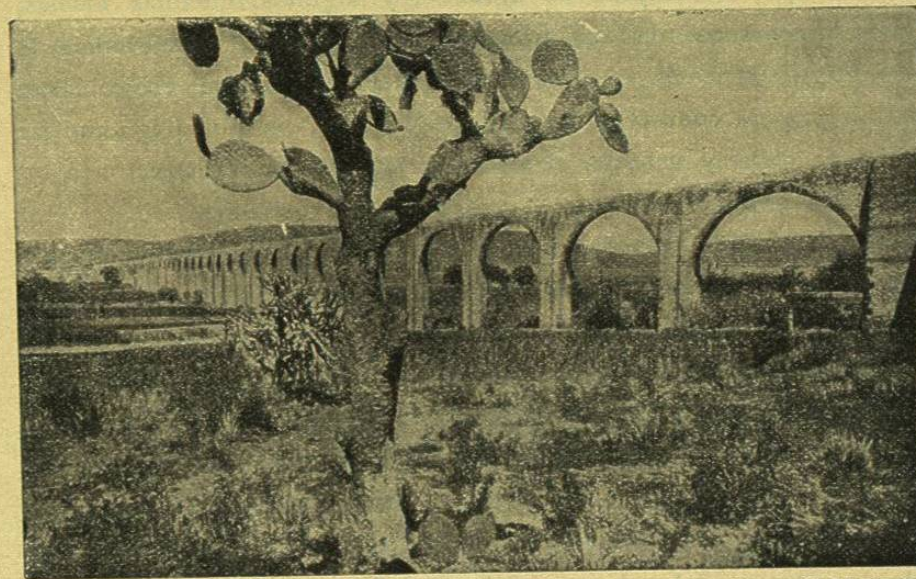
Presidente de la República Mejicana.

en 5 de Mayo de 1862, fué victoriosamente rechazado, y pasó más de un año antes que el ejército francés pudiera reorganizarse y penetrar al fin en Puebla para abrirse el camino de Méjico. Los Franceses entraron en la ciudad el 10 de Junio de 1863 y en ella prepararon la entronización oficial de Maximiliano, que se presentó al año siguiente á tomar posesión de su imperio, después de haberse hecho consagrar por el papa. Pero la guerra no se había acabado; aunque los regimientos franceses, apoyando al ejército clerical de los generales conservadores, fuesen casi siempre vencedores en batalla campal, y que el gobierno republicano presidido por el indio Benito Juárez, tuviera que huir de ciudad en ciudad, no dejaba de organizar guerrillas que hostigaban por todas partes á los vencedores, les cortaban los caminos y se apoderaban de sus provisiones. Se ahorcaban centenares de patriotas, pero renacían á millares.

Cuando la ruina completa de los esclavistas produjo la gran evolución de la historia americana, Napoleón comprendió que debía preparar su retirada y modificar prudentemente su política, dejando á Maximiliano librarse de su situación si aun era posible. El desgraciado creyó conseguir su objeto por el terror, y por un decreto de Octubre de 1865 decretó la pena de muerte en el término de veinticuatro horas contra todo adversario capturado. Ese decreto se volvió contra él y le fué aplicado al año siguiente en los fosos de Querétaro. Reinó tres años, pero no pasó un día de aquel imperio sin que los historiadores leyeran claramente su horóscopo de víctima expiatoria: el gran pensamiento le fué funesto. Sin embargo, el crimen político de que Francia, sacrificada á las quimeras de su amo, se había hecho culpable sin tener en él participación moral, no le suscitó sentimientos de odio y de venganza en el alma de los Mejicanos. Un seguro instinto había advertido á éstos que el invasor, enemigo de ocasión y no de naturaleza, no les odiaba, y le perdonaron, prefiriendo recordar las enseñanzas de la Revolución francesa á los caprichos incoherentes de la contra-revolución imperial. Además, comprendían que en la lucha de los intereses, tan ruda entre las naciones como entre los individuos, nada tenían que temer y sí mucho que esperar de la solidaridad moral de sus her-

manos «latinos», mientras que por el contrario, se encontraban en el caso de temerlo todo de sus amigos de un día, vecinos de ultra Río Grande.

Como quiera que sea, el resultado de la guerra de Méjico dejó perfectamente sentada la «doctrina de Monroe» como una verdad política ya indiscutible: durante el medio siglo que acababa de transcurrir, las ambiciones se habían convertido en una firme realidad. En lo sucesivo no podría imaginar la mente más quimérica



Cl. Lippincott.

EL ACUEDUCTO DE QUERÉTARO

que Francia, Inglaterra ó cualquiera otra potencia europea pudieran modificar á su capricho el equilibrio político del Nuevo Mundo, ni en la América del Norte ni en la América del Sud.

El principio establecido por el presidente Monroe, con motivo de las sublevaciones de la independencia hispano-americana, no podía encontrar ya contradictores. Por la fuerza de las cosas, lo mismo que por la conciencia orgullosa de su misión entre las naciones, los Estados Unidos habían llegado á disponer en todo el mundo occidental de una verdadera superioridad; constituían una república patrona de otras repúblicas, que formaba, por decirlo así, en la ordenación general del mundo, el contraste con el imperio ruso,

el más poderoso de todos por la extensión territorial, y el que representa por excelencia los principios conservadores del despotismo antiguo.

Después del gran trastorno de la guerra de Crimea, el gobierno ruso tuvo que hacer un arreglo con la opinión pública excitada. Aunque la nación no tuviera un solo órgano representativo directo por el cual pudiera manifestarse oficialmente su comprensión de las cosas, no por eso dejaba de agitarse, y algunas rebeldías locales, signos precursores de una transformación general, atestiguaban la creciente impaciencia de los súbditos. Por más que el gobierno central quisiera conservar la rutina tradicional, no podía ignorar ese estado de cosas y buscaba el medio de dar alguna satisfacción á las exigencias populares.

No hay duda que la nación rusa, con el egoísmo colectivo correspondiente á ese montón de hombres determinados por la serie secular de los acontecimientos, permitía á sus gobernantes proseguir su política de conquista y opresión contra el extranjero; hasta veía con cierta satisfacción las anexiones lejanas que añadían al imperio las inmensas extensiones asiáticas; aprobaba las campañas del Cáucaso, que terminaban en 1859 por la captura de Chamil, profeta y guerrero, y en 1864 pacificaban por la despoblación completa todo lo que quedaba de territorios rebeldes en la Caucasia occidental, dándose el caso de que la misma masa del pueblo ruso se hallaba ciertamente de acuerdo con su gobierno para aprobar la sofocación de una nueva insurrección polaca en 1863. Como tantas otras poblaciones, la de la «Santa Rusia» sólo pedía justicia para sí misma y participaba voluntariamente en la injusticia cometida contra las otras.

Las mejoras materiales son las que los gobiernos se dejan arrancar más fácilmente, porque son los primeros en aprovecharse de ellas. La red de los ferrocarriles comenzó á unirse á la única línea de gran comunicación que existía entonces, la que unía las dos capitales, Moscou y Petersburgo. Algunos caminos, á los que se habían anticipado las vías férreas en diversas regiones del imperio, se trazaron en diversas comarcas y se construyeron algunos puen-

tes sobre los ríos. Al mismo tiempo se abrieron escuelas para los hijos de la burguesía naciente y se publicaron amnistías para lo pasado; dióse libertad á algunos dekabristas desterrados que todavía vivían y los miembros de sus familias fueron declarados rehabilitados.

Al mismo tiempo, en 1857, se decidió poner la mano sobre el arca santa de la servidumbre, que, desde el atentado de Boris Godunov contra la libertad rusa, había roído tan profundamente el corazón de la nación. Como siempre en semejante circunstancia, esta decisión «liberal» del gobierno había sido dictada por la necesidad. El emperador Alejandro expuso su razón á los nobles reunidos en el Kremlin: «Demos la libertad para que no sea tomada á viva fuerza». Las sublevaciones parciales y las rebeldías individuales de los campesinos eran frecuentes, y, por otra parte, muchos señores estaban de corazón con los rebeldes. Había siervos desesperados que en multitud huían hacia las estepas de la Rusia meridional, y se producían sangrientos conflictos en las casas de campo de los señores. Se evaluaba por término medio anual en setenta el número de los propietarios asesinados por los campesinos, á veces con el refinamiento del tormento y de la hoguera¹.

En 17 de Marzo de 1861 (el 5 en el calendario ruso) se inauguró la era de la emancipación. Calcúlese la inmensidad del cambio económico y social en todo el organismo de la nación, considerando que el número de campesinos varones que habían de emanciparse en la Rusia europea, en Siberia y en la Transcaucasia se elevaba á cerca de doce millones (diez millones y medio de individuos existían según el censo de 1857, el último que los contó), de los cuales de ochocientos á novecientos mil pertenecían á los dominios imperiales y á las diversas administraciones. Añadiendo á esas «almas» de hombres, las de las mujeres de todas las edades, el conjunto de los siervos, poco distante de 23 millones, representaba, según Semevsky, más de la mitad (53 %) de toda la clase de los campesinos del imperio y más del tercio (37 $\frac{1}{2}$ %) de la población de la Rusia propiamente dicha.

¹ Alex. Tratchevski, *Revue Internationale de Sociologie*, Agosto 1895, p. 19.